

ACTUALIDAD DE LA TEORÍA CRÍTICA

BLANCA MUÑOZ

bmunoz@polsoc.uc3m.es

En el pensamiento ontológico de la Teoría Crítica surge constantemente la novedad teórica de lo “aún-no-real”. De una manera persistente el concepto de posibilidad centra la reflexión de los autores de la Escuela de Fráncfort desde sus primeras obras. Precisamente, el significado de la Teoría Crítica persiste, y persistirá, a lo largo del tiempo mientras lo “aún-no-real” siga sin desarrollarse. Pero se hace previo, antes de definir tal estado, precisar cuáles son los condicionantes que impiden que se pueda delimitar esa novedad teórica con la que se inicia la Escuela. En este sentido, la lucha dialéctica que Adorno y el resto de francfortianos llevarán a cabo nace de una aspiración esencial: la posibilidad de la especie humana para decidir su propio destino, su camino histórico. Con esta perspectiva el significado actual del pensamiento se concreta. La teoría no se presenta ya como un conocimiento abstracto o académico, sino como la capacidad de intervención creadora en la conexión de los hechos y de las ideas. Este “pequeño detalle” evita la falsificación y la deformación de los conceptos, y así el peligro de aparición de la ideología se solventa mediante la reordenación de la Razón. La Teoría Crítica tendrá como primer objetivo reflexionar sobre la existencia real y cotidiana en la que todos estamos inmersos, pero devolviéndole su causalidad negativa; es decir, la explicación de la falsificación a la que la cotidianidad de la vida humana y social en nuestras sociedades somete el tema de las posibilidades humanas y colectivas, y su desarrollo histórico. Siguiendo el gran hallazgo que Marx hizo de la Historia entendida como nuestra auténtica naturaleza, la Teoría Crítica desarrollará una profunda dialéctica entre Necesidad y Libertad subrayando la complementariedad entre la libertad como comprensión de la necesidad y la salida de la necesidad y la escasez como aspecto imprescindible y primer peldaño para llegar a ser libres. Sin embargo, en la fase histórica del capitalismo, (y en concreto, del capitalismo globalizado), el único camino que tiene ante sí la especie humana no es sino el camino de la consciencia y la energía histórica del creciente conocimiento sobre la Naturaleza y sobre la Sociedad.

Será aquí en donde aparezca el tema de la Teoría Crítica: la denuncia del dominio de la Razón Instrumental sobre hombres y cosas. Ésta se va a convertir en el eje sobre el que gravite el edificio central de la actualidad y vigencia de la Teoría Crítica en nuestros días y en nuestras sociedades.

Siguiendo la Teoría Crítica, el capitalismo globalizado ha logrado organizar el más completo y complejo sistema de subordinación social y psíquica: bajo la apariencia de libertad y de “progreso” se permite la existencia de cada vez más poblaciones existiendo en auténticas condiciones de miseria y de ignorancia. Como ya he comentado en otro lugar, estamos ante un planeta dializado: los países proletarizados viven en condiciones de explotación económica agudizada y, a su vez, los países del mal llamado “primer mundo” soportan el atropello de una alienación psicológica sistemática y planificada. Los teóricos de Fráncfort, por tanto, fueron quienes, sin lugar a dudas, iniciaron y crearon los instrumentos temáticos y epistemológicos de un análisis pormenorizado sobre esta situación. Su definición de Teoría Crítica como comprensión racional de la realidad sigue siendo una de las herramientas sin las que nos sería imposible saber qué subyace en el presente estado de cosas existente. En consecuencia, la necesidad de Teoría Crítica es tan ineludible en el presente como en el pasado, especialmente porque los fenómenos (injusticia, dominación, poder de las industrias culturales, pseudo-cultura...) que analizaron siguen tan vigentes, e incluso más que entonces, sólo que ahora el poder ha desplegado un cinismo más difícil e ideológico para ser desenmascarado. Tal desenmascaramiento se convierte en nuestra auténtica responsabilidad hacia nuestro tiempo presente.

Lo anterior nos conduce, en consecuencia, al tema del presente histórico y la búsqueda de respuestas a los problemas más acuciantes. A este respecto, el tema central ante el que nos encontramos, sería lograr hacer coincidir “el ser” con “el deber ser”. Es decir, la búsqueda de una nueva civilización. Para entender el valor del análisis crítico en la actualidad, nada mejor que algunos planteamientos de Marcuse. Sus propuestas definitivas sobre una nueva civilización se revelan en obras tales como: *El hombre unidimensional*, *La vejez del psicoanálisis*, *Eros y civilización*, *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*, *Crítica de la tolerancia pura*, o en *Ética de la revolución*. En este tipo de obras el pensamiento se mueve en la obligación crítica de dar una respuesta válida a la crisis de la civilización contemporánea. Para Marcuse, esta crisis supone la decadencia

definitiva de unos valores humanos y sociales que han erigido la violencia, el sometimiento y la competitividad en el sentido último de las existencias colectivas. Y, al mismo tiempo, la negación de esta situación ya caduca y en extinción nos indica hasta qué punto la renovación tiene que venir de la ruptura radical con el orden socioeconómico establecido en el que la alienación ideológica y el fetichismo económico anulan las capacidades críticas y creativas de los seres humanos y de las sociedades.

Marcuse resulta el teórico abocado a la acción porque en su devenir vital ha visto que el intelectual puro pasa a menudo a ser el ideólogo de un *status quo* injusto. Tal intelectual puro prescinde de su compromiso con la existencia concreta colectiva y analiza el mundo desde las coordenadas de su suficiencia. Pero frente a él, Marcuse asumió sus responsabilidades hacia los otros seres humanos. Responsabilidades éticas que fundamentalmente el teórico crítico comprende en toda su magnitud. De esta forma, Marcuse se mueve en una doble perspectiva: la del intelectual comprometido y la del teórico que recoge una fundamental tradición histórica. A partir de aquí y frente a la civilización cosificante no queda otra alternativa que la negatividad como proceso de aclaración que armonice teoría y praxis. En *El hombre unidimensional* se dibujan los resortes del poder y sus estrategias; pero también su negación. La bidimensionalidad únicamente puede ser alcanzada mediante un avance radical de una educación negativa. Tanto para Marcuse como para Adorno, el gobierno de la irracionalidad, (paradójicamente racionalizada), se presenta como la prueba definitiva de unos valores imposibles de asumir conscientemente. Por ello el primer paso esencial para salir de este presente histórico no puede ser sino la desconfianza radical ante las propuestas de quienes detentan las estrategias y mecanismos del poder, tanto poder económico, como político y mediático. Es la propuesta de Marcuse, y también del resto de francfortianos, el sospechar siempre de las afirmaciones de quienes representan a los gestores y administradores del planeta. Enseñar a desconfiar de los intereses ideológicos de quienes han accedido, en un orden tan injusto como el presente, al dominio geoeconómico sería la primera respuesta crítica ante el desorden vigente. Pero, también, la conciliación que la Teoría Crítica hace de Marx y Freud, nos conduce ante la imprescindible génesis de una ética nueva en donde sea imposible armonizar la existencia de la escasez o del trabajo alienado con “una libertad” política en la que el votante elige a sus carceleros. De nuevo, la reflexión crítica nos propone la transformación social y económica como una ruptura

de civilización con el capitalismo de explotación y rapiña. Enseñar a los ciudadanos a entender cuál es el funcionamiento de este modo de producción y, sobre todo, quiénes son los administradores y gestores de él, resulta una auténtica aclaración racional tal y como propusieron los teóricos críticos desde sus comienzos.

A partir de este valor de la negatividad, la pregunta esencial será cuál es el elemento de la Teoría Crítica que ahora es más candente para entender en dónde nos encontramos. Para poder precisar lo que sigue palpitando en el pulso crítico de nuestro tiempo, hay que retornar al problema de problemas que desde los primeros autores de Fráncfort hasta nuestros días sigue siendo la cuestión fundamental: el dominio de la razón técnico-instrumental y sus estrategias. El extrañamiento de la racionalidad, (es decir, la alienación de la razón), ha devenido en el factor más característico del sistema capitalista, tanto en su versión occidental como en su variante oriental. El dominio de la razón-instrumental, definida por Horkheimer como aquella en la que no hay coherencia entre medios y fines, de tal manera que nos encontramos con poderosos y magníficos medios como, por ejemplo, tecnológicos o científicos para finalidades banales o meramente irracionales. Un caso concreto serían los actuales sistemas de comunicación que podrían ejercer maravillosas funciones educativas e informativas y que, sin embargo, son utilizados para emitir las trivialidades y mensajes más convenientes y ventajosos para los detentadores de la dominación colectiva. En estas condiciones, la crítica radical al uso de este modelo de razón que desempeña el siniestro dominio sobre los individuos y la Naturaleza, se hace la tarea básica de la racionalidad crítico-dialéctica. Por tanto, la denuncia del “orden” de cosas al que hemos llegado en el que la racionalización, en su sentido weberiano, nos ha abocado a aceptar la alteración de lo injusto en justo, de lo racional en irracional o de la deseducación como educación. En este sistema de simulacros en el que vivimos, las tareas de la Teoría Crítica siguen tan actuales como en los años en los que escribieron los autores de Fráncfort; es más, casi están más vigentes sus temas principales: la denuncia de esta racionalidad instrumental convertida ahora en razón cínica, la explicación del funcionamiento de la ideología como engaño de la población, la dominación corporativa y empresarial de los bienes del planeta, la cultura presentada como un multiculturalismo postmoderno en el que se convierten en folclóricos todos los sistemas culturales evitándose su cambio y transformación... En fin, la Teoría Crítica que funda sus categorías en el futuro

ilustrado del ser humano no puede dejar, sin lugar a dudas, de comprometerse con el poder de la racionalidad en vez de trabajar para “la racionalidad del Poder”. En conclusión, la pacificación del planeta y del género humano que ha sido hasta el presente el gran sueño frustrado de la Humanidad, significa el motor irrenunciable al que una Teoría Crítica, pensada en tiempos presentes, debe encaminar sus mejores fuerzas éticas, creativas, humanas e intelectuales.

Por último, en el debate tan sugerente al que *Constelaciones* nos ha invitado, se pregunta por la propia experiencia vital con la Teoría Crítica. Aquí he de confesar que mi propia existencia está tan inseparablemente unida a la Escuela de Fráncfort que se me hace muy difícil hablar de mi persona sin referirme a la Teoría Crítica. En este punto y cronológicamente, mi encuentro con los autores francfortianos tuvo lugar de manera accidental durante mis años de estudiante de Filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid. Cuando estudiaba tercer curso de carrera, en la librería de la Universidad compré un pequeño libro titulado *Filosofía y superstición*, en aquel momento yo no sabía quién era Adorno ni a qué línea de investigación pertenecía. Lo único que recuerdo es que leí este libro sobre todo en el metro, ya que tardaba más de hora y media de mi casa a la Universidad, con auténtico entusiasmo. A partir de esta lectura proseguí buscando libros de Adorno, y Adorno me condujo al resto de francfortianos. Se suman a este enorme descubrimiento mis anteriores lecturas de la obra de Marx que comenzaron en aquel COU del que muchos de nosotros tenemos un agradecido recuerdo y, en especial los *Manuscritos de economía y filosofía* fueron mi bautismo teórico inicial. A partir de estas lecturas mi Tesina de Licenciatura y mi Tesis Doctoral se centraron en el primer caso en la obra de Marx y, en el segundo, en la de Adorno. Las superestructuras ideológicas y su estudio han supuesto la cuestión central de mi trayectoria investigadora desde sus comienzos. Y de aquí que mi primer libro *Cultura y comunicación. Introducción las teorías contemporáneas* dedicara el capítulo central al análisis de la Cultura de Masas planteado por la Teoría Crítica. Coincide la publicación de esta obra con mis años como profesora en la Universidad del País Vasco enseñando la asignatura de “Introducción a la Teoría de la Comunicación”. En esta asignatura transformé el programa que me indicaron en el Departamento de Comunicación, introduciendo a las principales corrientes teóricas como la Escuela de Fráncfort, el Estructuralismo o la Semiótica como partes esenciales para

comprender los complejos fenómenos de los medios de comunicación masivos. Esto me trajo numerosos reproches ya que en aquellos años aún se entendía la Comunicación de Masas como la historia del telégrafo o de la radio. Los poderes académicos autores de estos reproches por introducir a la Teoría Crítica en los programas de curso, a la vez, serán a menudo la causa de cierta revancha académica hacia mi persona a la hora de “gratificar” o castigar a quienes ejercemos la actividad docente. Mas, estas venganzas universitarias son parte de las miserables represalias diarias de una institución tan vinculada al poder como es la actual Universidad.

Continuando en mi experiencia vital con la Teoría Crítica, mi segundo libro *Teoría de la pseudocultura. Estudios de sociología de la cultura y de la comunicación de masas*, tomaba, precisamente, su título de uno de los capítulos centrales de *Filosofía y superstición* de Adorno. Y en cierta medida significaba un homenaje a la influencia que el autor de Fráncfort había tenido en su creación. Sin embargo, será en *Theodor W. Adorno: Teoría Crítica y cultura de masas* donde reviso la importancia determinante de la Teoría Crítica de Adorno a la hora de comprender la ideología de las sociedades contemporáneas. Las nuevas formas de alienación, la cosificación mediática, los tipos de persuasión y manipulación postindustrial y, en general, todos aquellos fenómenos que modifican las industrias culturales en industrias de la conciencia, se analizan desde el punto de vista de las aportaciones temáticas y epistemológicas de Adorno, a quien, asimismo, está dedicado el libro al agradecerle su contribución intelectual y el reconocimiento a su influencia como mi padre intelectual y teórico. En mis otros libros *La cultura global. Medios de comunicación, cultura e ideología en la sociedad globalizada* y en *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura* la influencia subterránea de la Teoría Crítica sigue siendo una referencia ineludible y obligatoria.

El uso, en suma, del análisis crítico-dialéctico continúa en permanente necesidad de esa aclaración racional de la realidad a la que me he ido refiriendo en estas líneas. La experiencia vital y personal con la Teoría Crítica, pues, no sólo ha sido en mi actividad docente e intelectual, también se puede decir que mi desarrollo como persona ha estado estrechamente unido a esa firme convicción francfortiana de la búsqueda de la dialéctica que restaure el deber ser en el ser. Sin esta convicción no tendría sentido ni mi propia existencia subjetiva ni la necesidad de conocimiento e interpretación del mundo a la que he dedicado mi tarea intelectual. Humildemente y, por último, he de

agradecer que todo mi esfuerzo se lo debo a quienes, como agradecía Marcuse a Benjamin en el final de *El hombre unidimensional*: “sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza”. Tal sigue siendo en nuestros días el significado y el irrenunciable compromiso de la Teoría Crítica y con la Teoría Crítica.